



PERIÓDICO DE CAZA Y PESCA,
DE SPORT Y RECREOS CAMPESTRES, DE ACLIMATACION Y CRIA DE ANIMALES DOMÉSTICOS,
AÑO II. Y DE CUANTO TENGA RELACION CON LA AGRICULTURA Y CON LOS DELEITES DE LA VIDA DEL CAMPO. NÚM. 33.

PRECIOS DE SUSCRICION.				
	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid y Provincias. . .	2 pesetas.	6 pesetas.	12 pesetas.	24 pesetas.
Ultramar y Extranjero. .	½ peso.	1 ½ pesos.	3 pesos.	6 pesos.

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

DIRECTOR PROPIETARIO,
DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.
Administracion: Calle de Espoz y Mina, núm. 3.
Madrid, 30 de Noviembre de 1879.

REBAJA DE PRECIO DE SUSCRICION.
Haciendo directamente el pedido y anticipando 20 pesetas en esta Administracion, en metálico ó por medio de letra de fácil cobro, se obtendrá la suscripcion por un año para la Península, y 25 pesetas si es para Ultramar ó el Extranjero.

LA PESCA CON JEITO.

(Véase la lámina de la página presente.)

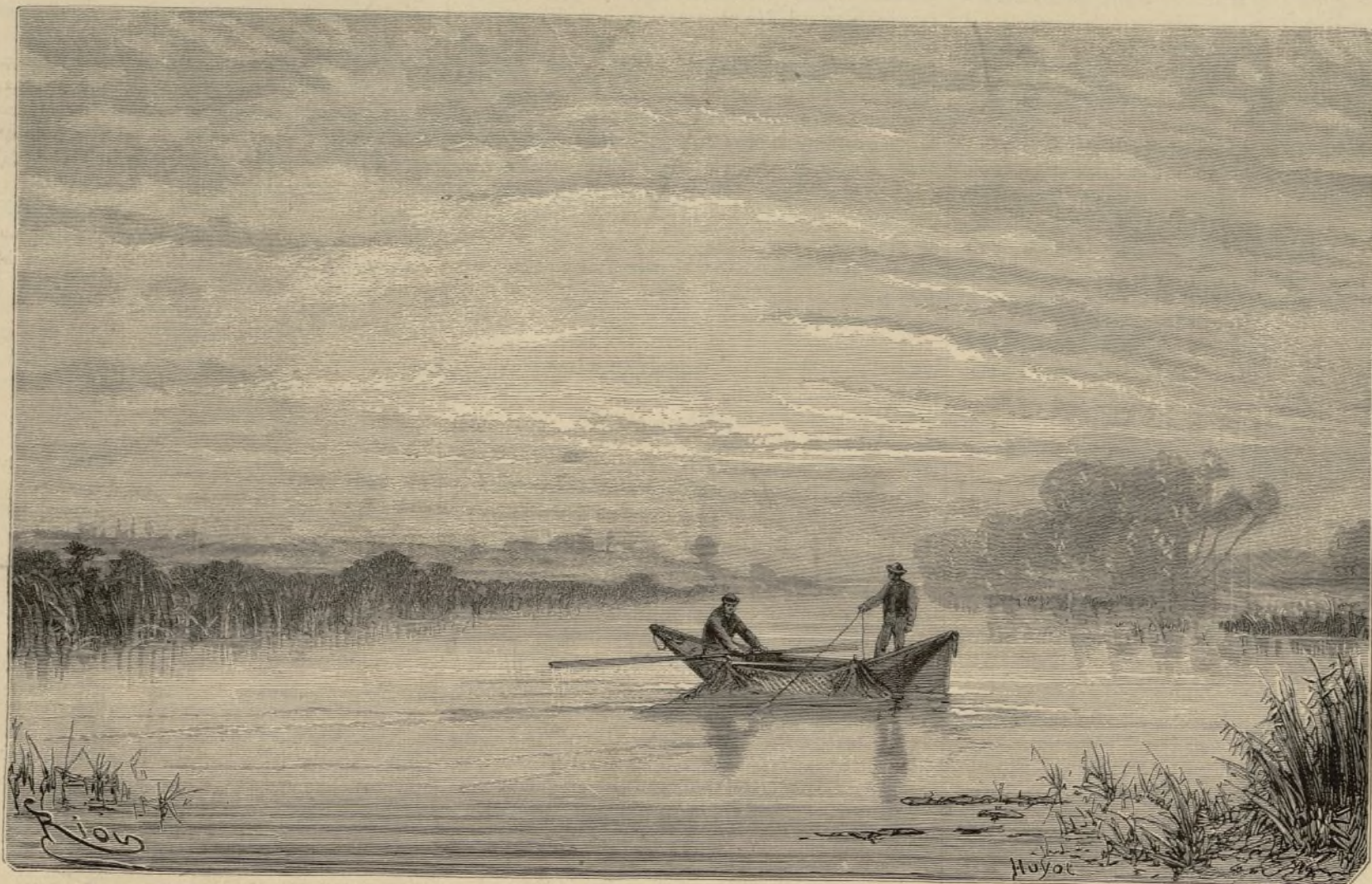
Las redes que se arrojan desde los barcos y se conducen por éstos tendidas en las aguas, son las más comunes en casi todo el mundo para la pesca de la sardina y otras

familias del mismo género y tamaño; por eso se llaman sardineras; en nuestras costas se denominan jeitos (1). Estas redes se fabrican de lino; deben tener de alto

(1) Se llaman así en Galicia, que es donde generalmente se usan, de la palabra latina *ejixere* (echar fuera).

ciento cincuenta mallas, de una pulgada de diámetro, por veinticuatro ó veinticinco brazas de largo, que despues de entralladas (2), quedan en la mitad. Aunque en gene-

(2) Es pasar una cuerda por las mallas superiores de las redes para sostenerlas, dejándolas flojas y no tirantes.



LA PESCA CON JEITO.

ral se puede usar de esta red todo el año fuera de las rias, su uso está limitado en el interior por reglamentos particulares en varios tiempos y situaciones, y prohibido del todo de puntas á dentro en Marzo, Abril y Mayo, que es el tiempo que dura el desove.

Debe practicarse esta clase de pesca desde que se pone el sol hasta que vuelve á salir, y aunque en el Canal de la Mancha y en las costas de Vizcaya y Asturias los pescadores con jeito usan de cebos de várias clases, no es necesaria esta preparacion, porque inficionan y corrompen el pescado.

Como esta especie de red cuesta poco y su manejo es fácil, pudiéndose servir de ella los pescadores sin la sujecion de las compañías, es una de las más preferidas en España, aunque la sardina que cae en este aparejo no sea la más apreciada para las salazones, puesto que cogida por la cabeza la pesca, ésta hace esfuerzos para desenredarse, lo que la hace perder parte de la escama, circunstancia opuesta á su buena conservacion.

Puesto que nos hallamos en Noviembre y las lluvias han reblandecido la tierra, arrastrando al rio los tallos de los juncos secos, tronchados durante el estío en sus orillas, dirijámonos á las riberas del mar y presenciemos una pesca con jeito.

El pescador de caña es el único sér que odia más cordialmente al pescador de red. El primero considera al segundo como su enemigo personal y como un merodeador arrasando de un solo golpe de su traidor armadijo lo que bastaria para hacer todas sus delicias en una temporada. El pescador de red pesa la importancia del pescador de caña en su verdadero fiel. Si sabe que es inteligente y diestro, le teme, y tiene razon; si le cree un infeliz, se rie..., y hace bien.

A esta causa quizás es á la que debe atribuirse la indiferencia con que todo pescador de caña ve pasar casi á su lado una barca pescadora, sobre todo en el mes anteriormente citado de Noviembre.

En efecto, un viento desagradable riza la superficie del agua, barriendo los torbellinos de hojas amarillas que caen, último adorno de los árboles vecinos. La pradera no ostenta su hermoso color verde, ha tomado ya esos tonos negruzcos que manifiestan que el trabajo del invierno ha paralizado en ella todo indicio de vegetacion hasta la llegada de los aires tibios de la primavera; la barca de que ántes nos hemos ocupado descendiendo por la ria y se dirige al mar. Medio arrollado en el borde de ésta se divisa un jeito.

Ahora bien, como este armadijo no podría manejarse por un hombre solo, si al mismo tiempo tenía que ocuparse de la barca, se unen dos para la pesca. De éstos dos el uno es el pescador, el otro se llama el ayudante.

Este último, ó sea el ayudante, mantiene la barca con los remos, de modo que se sostenga al traves de la corriente, cuidando de que descienda poco á poco la ria sin sacudidas y sin ruido.

Entonces el pescador extiende el jeito en la barca y lo plega por la mitad. Hecho esto, coge con la mano izquierda los dos extremos de la red, y con la derecha empuja el armadijo fuera de la barca, cayendo éste á plomo sobre las aguas del rio.

El resultado de esta operacion depende exclusivamente de la habilidad y práctica del pescador, como sucede con la red llamada esparavel ó atarraya.

V. C.

CAZA DEL PÁJARO-MOSCA.

(Véase la lámina de la página 261.)

Todo lo que la imaginacion sueña que puede hacerse con la vegetacion intertropical, y mucho más todavía, se realiza en espléndida escala en la feraz y pintoresca isla de la Martinica, sobre todo allá en los alrededores del Fuerte de Francia, de que es un fiel traslado la preciosa lámina que hoy publicamos, maravillas que se deben á las facilidades para los riegos y á la posición excepcional que ocupa la isla.

Durante el día reina en sus florestas una adorable frescura; brillantes insectos, mariposas de vivísimos colores y pájaros moscas de toda especie animan el paisaje, mientras que en los troncos grises de los cocoteros, centenares

de lagartos inofensivos y verdes como limpias esmeraldas se persiguen unos á otros describiendo caprichosos zigzags. Óyese en tanto el rumor de las cascadas, y embalsama el aire que se respira la fragancia de los millares de flores que ya ostentan su belleza en los macizos, ó ya trepan abrazadas á las ramas bajas de los árboles. Aquel país trae involuntariamente á la memoria el recuerdo de los jardines de Armida, y es una de esas Cúpuas funestas al viajero, que si no tiene el propósito de vivir en ella para siempre, debe abandonarla al punto, aunque estamos seguros de que no podrá olvidarla jamas.

Pasada la hora de la siesta se oye un lejano ruido, y verdaderas trombas de chicos, blancos y negros, armados de cerbatanas, salen al campo llenos de ardor y de entusiasmo con objeto de cazar pájaros moscas, ese volátil indecible y encantador que tanto frecuenta los jardines, aproximándose sin temor á las casas, complaciéndose en vivir cerca de ellas, y que fabrica su nido, ya en los rebordes de los cobertizos, ya en los naranjos ó en las enramadas de madreselvas y de jazmines.

Esta preciosa ave es valerosa, y hasta llega á cobrar audacia si ve que le arrebatan sus hijos, á los que ama con delirio, siguiéndoles solfita á todas partes, llegando á tanto el extremo de su cariño que ni aún le arredra entrar en las habitaciones en busca de víveres con que alimentarlos. Si la habitacion se adorna con flores que les gusten, tanto el macho como la hembra la convierten en aposento y morada propia, y de tal modo se familiarizan con aquellos objetos, que llegan hasta pasar la noche con sus hijos.

El nombre de *flor animada* que se da á las mariposas sirve tambien para designar este ave á los naturalistas, que no la han visto en la plenitud de su movimiento y de su libertad, porque cuando vuela no es un pájaro, sino una ráfaga, una sombra fugitiva, una exhalacion que pasa por delante de la vista. De repente la aparicion toma cuerpo, y un pequeño punto se detiene sobre la flor. Es el pájaro-mosca, que se pára entre los pétalos de la corola. Todo lo que puede distinguirse es una cabecita muy animada, dos ojos como puntas de alfileres, que brillan cual si fuesen diamantes; luego un pico largo que penetra en el cáliz de la planta para extraer los aceites esenciales que forman el perfume, único alimento con que se sostiene este microscópico animal. No permanece en cada flor más que algunos segundos; así es que sólo despues de muerto es cuando pueden admirarse los cambiantes colores de sus lindísimas plumas.

Es de todos los pájaros el que tiene más poderoso vuelo, con relacion á la masa del cuerpo, y la sangre más caliente al propio tiempo, sangre que al caer sobre la mano produce el efecto de plomo derretido. Estas aves, cuyas pasiones son violentas hasta un grado inconcebible, gozan de una constitucion tan perfecta como la de los pájaros que más necesidad tienen de libertad y de independencia.

El nido del pájaro-mosca es una obra maravillosa. Elige generalmente como emplazamiento un tallo colgante de sauce ó de liana para que pueda ser balanceado por el viento. Tiene el tallo uno ó dos milímetros de diámetro, lo cual se opone á la invasion de las arañas y otros insectos, y no es tan largo que pueda azotarlo ni romperlo el viento de la tempestad, cuidando mucho el macho y la hembra de que esté abrigado y á cubierto de la lluvia, porque una sola gota de agua como las que caen en los trópicos bastaria para ahogar en su cuna á toda la interesante familia.

Con el fin de que sea más sólido, atan á la rama el nido, compuesto de filamentos ligeros, de algodón bien cardado, de borras vegetales y animales, y por último, de crines admirablemente entrelazadas y unidas con goma y líquen. Todo ello va cubierto con una especie de baño blancuzco que toman de la corteza de los árboles, presentando la obra en la apariencia el color y el tamaño de media cáscara de nuez. Allí pone la hembra tres huevos grises, grandes como la mitad de un hueso de cereza, soportando sola la fatiga y las molestias de la incubacion. El macho le da de comer, si comer puede decirse á chupar el jugo de las flores que le lleva en el pico.

La caza del pájaro-mosca en los países donde se cria es tan asidua y constante para satisfacer los caprichos y las

exigencias del lujo, que cada vez se va haciendo más escasa esta notable especie de animales.

Pudiera creerse en principio que nada es más fácil que cazarlos, toda vez que, á pesar de la vivacidad de sus movimientos, hay un momento que permanece quieto al posarse sobre las flores; pero es un error, así como tambien lo es el de emplear municion, por pequeña que sea, pues si se le hiere y se manchan las plumas, el pájaro no sirve para nada.

La mejor arma es la cerbatana, y aunque no sea de precision, los muchachos, en fuerza de práctica, hacen con ella admirable puntería. Los chicos criollos ó blancos de la Martinica usan el tubo de vidrio y el huesecillo clásico para esta clase de instrumentos, proyectil inocente, que si no mata al pájaro-mosca del primer golpe, lo deja completamente aturrido, haciéndole caer en tierra. Los verdaderos cazadores usan, en vez del hueso, una bolita de arcilla muy dura, hecha con este propósito de barro húmedo que llevan á prevencion en un saco pequeño.

Marchan los cazadores por el campo con el mayor silencio, mirando á todas partes y redondeando las bolas: en cuanto distinguen al ave, dirigen la cerbatana á la boca con la mano izquierda sin perder un instante, mientras que con la derecha ponen la bola en los labios; hinchando los carrillos, hacen la puntería, y una espiracion violenta envía el proyectil con una fuerza considerable, á veces á veinticinco pasos de distancia.

Las damas de la Martinica, como puede verse en nuestra lámina, cazan pájaros moscas en sus parques y jardines, armadas de escopetas de sala. Este arma encantadora, ligera, limpia, nada peligrosa, fácil de cargar y descargar, y á propósito para hacer de ella una verdadera joya, conviene admirablemente al bello sexo, enseñándole á tener una destreza que á veces se necesita en ciertos países especiales. Y la verdad es que matar á un pájaro-mosca á veinte pasos, con el único proyectil que permite la carabina Flobert, constituye un tiro de que puede enorgullecerse, no sólo una criolla, sino el cazador más diestro que pueda imaginarse.

En las Antillas se encuentran de venta en ciertas ocasiones pájaros moscas en jaulas. Los negros los cogen con liga, ó bien cuidando y curando á los que caen aturridos por el proyectil de la cerbatana. Puede mantenerse algún tiempo dándoles todos los días flores frescas mojadas en agua y azúcar; pero á pesar de estas precauciones no tardan en decaer y morir despues, llenos de tristeza.

Estas maravillosas miniaturas de la creacion necesitan de tanto aire y espacio como el condor, y relativamente recorren mucho más camino que él. Así es que da compasion verlos á cada momento lanzarse contra los alambres de la jaula y caer inanimados, volviendo luego á la faena hasta que al fin pierden una vida de que no quieren gozar en su reducida cárcel. En América se fabrican preciosas flores artificiales con las plumas de este pajarillo, que en Europa aplican las modistas como adorno de los sombreros para las señoras, adorno que tiene siempre gran mérito, que no caduca nunca y para el que no rigen los volubles decretos de la tiránica moda.

F. C.

LAS PALOMAS DE SAN MARCOS.

En la antigua república de Venecia habia dos repúblicas; la de los venecianos y la de las palomas.

Este pueblo de navegantes, que habia construido su capital en medio del mar, gustaba por todo extremo de sus palomas, porque le recordaban la paloma del Arca de Noé.

Las palomas de Venecia se posaban familiarmente sobre todos los navíos que se aproximaban al Lido, al regreso de un largo viaje. Al ver á estos mensajeros, los venecianos saludaban á Venecia.

Algunos, más poéticos quizás, se llevaban consigo várias palomas como un recuerdo vivo de la patria; pero, sobre todo, para hacer de ellas los *mensajeros del amor*.

Las palomas se soltaban con frecuencia á una gran distancia de la ciudad de San Marcos, para que llevarán noticias á la mujer amada. La mensajera llegaba al poco tiempo en un rápido vuelo, con una cinta con los colores

de Venecia; ésta era una señal de amor y de alegría. Pero más de una vez también era portadora de una señal de duelo. Aquel día se la había soltado en medio de las angustias de un naufragio; quizás había recibido el último beso y lo devolvía á su regreso, porque las que esperaban, patricias ó hijas del pueblo, iban todos los días á interrogar á las palomas de San Márcos y preguntar á cada una de ellas si tenían una carta.

Muchas son las leyendas conocidas de las palomas de San Márcos. Cada autor cuenta la suya; no es éste el momento de referirlas todas; pero vamos á transcribir una que cuenta *L'Épervier* belga y que en estos últimos tiempos ha obtenido una gran celebridad.

Llegó un día muy triste para las pobres mensajeras de amor. En 1849 una mano sacrilega se atrevió á destruirlas. Aquel día aciago para ellas, todo el mundo se arrojó con el mayor encarnizamiento sobre las palomas y las sacrificaron. Verdad es que el hambre era mucha. En el heroísmo de la defensa de la madre patria, los hijos de Venecia habían olvidado que los víveres faltaban desde hacía muchos días. Se dió caza á las palomas, y si hemos de dar crédito á los venecianos, las palomas que pudieron huir á las islas vecinas pareció que venían por un impulso interno á sacrificarse en aras de la república para su salud.

También es preciso decir, en honra y gloria de los venecianos, que después de la primera carnicería, convinieron todos en que morirían antes de continuar esta matanza de aves inocentes, que no podía menos de atraer sobre Venecia la venganza del cielo.

Desde 1849, las palomas, que no son de modo alguno vengativas, han seguido viniendo á comer en las manos de las hijas de Venecia.

Es preciso presenciar uno de esos festines para tener una idea de su adorable familiaridad. No hay cosa que las espante; todo lo más que harán será dar dos saltos para dejarlos pasar. Se posan sobre los hombros de los gondoleros, y vienen á daros la bienvenida, como á todo extranjero, con el mayor cariño.

Hay en las iglesias y en los monumentos de Venecia miles de estatuas, de unicornios, de hipógrifos, de quimeras, de leones, de hojas de acanto, toda la variedad de la escultura, todas las formas de la Edad Media y del Renacimiento: las palomas de Venecia anidan en todas estas obras maestras del arte.

No hace muchos años que las palomas tuvieron su día de sedición. Una mañana, á la hora en que toda la población de Venecia se paseaba bajo los arcos de los Procurati, las palomas aparecieron en la plaza de San Márcos á centenares, llevando la bandera de la rebelión, es decir, teniendo cada una al cuello una cinta con los colores italianos.

A la aparición de las palomas todos los venecianos se pusieron á aplaudir con el mayor entusiasmo. ¿Quién había lanzado á la plaza pública á estos pacíficos revolucionarios? La verdad era que formaban un bellísimo espectáculo las palomas azules, gris-perla, de patas de color de rosa, saltando, jugueteando, volando y mostrando sus alegres y preciosos colores. Creemos inútil referir á nuestros lectores los granos de maíz y las caricias que se les prodigaron á su paso. Jamás las palomas de San Márcos habían presenciado una fiesta semejante.

Pero en Venecia no había sólo italianos, también había austriacos; así es que al momento se esparció la alarma, como si Catilina estuviera á las puertas de Roma.

Algunos capitanes austriacos, que almorzaban en el café Florian y en los Quadri, se dirigieron á la plaza para ver el espectáculo como simples curiosos, creyendo que, puesto que el emperador de Austria permitía á los periódicos de oposición penetrar en Venecia, no podía manifestarse ofendido por esta manifestación de aves.

Desgraciadamente, lo que pierde á las naciones son los realistas más realistas que el mismo rey. Algunos tenientes se mostraron muy indignados, y gritaron con el mayor furor que era preciso castigar la insurrección.

Se pusieron á precio, entre los gondoleros y ociosos, las cabezas de todas las palomas que habían conspirado; pero los gondoleros pasaron de largo con sus góndolas, y los ociosos pensaron que no valía la pena de incomodarse por tan poca cosa.

Se sacaron las tropas de los cuarteles. Los cañones de la plaza de San Márcos se cargaron de perdigones, y los artilleros con las mechas encendidas esperaron las órdenes de sus jefes.

Un pelotón de soldados recorrió la plaza, y después de las tres intimaciones, hicieron una descarga que, como todas las de las asonadas, mató no sólo á las palomas insurgentes, sino á las curiosas.

Este hecho produjo, como era natural, un grito de indignación y de dolor en Venecia entera.

Asesinar las palomas de San Márcos era matar al mismo San Márcos.

Así es que los venecianos que se hallaban en aquel momento en la plaza, hombres, mujeres y niños, corrieron á los soldados y les rogaron, con las lágrimas en los ojos, que no continuaran la matanza, jurándoles que irían á quitar por sí mismos las escarapelas revolucionarias. Y, en efecto, durante todo el día, se procuraron coger las palomas espantadas, y se les quitaron las cintas.

Pero en vano se procuraron tomar todas las precauciones; algunas palomas, más patriotas que las demás, se retiraron á sus guaridas y conservaron orgullosamente los tres colores.

Algun tiempo después se las vió todavía, cuando los soldados austriacos no pasaban por la plaza, cerniéndose majestuosamente en el espacio, pero siempre asustadas. Por último, desaparecieron todas.

Ahora bien: todo el mundo ha conocido en Venecia á la marquesa Felicia..., cuyo palacio se refleja en el *Gran Canal*; todos han admirado su hermosa galería de cuadros, doce obras maestras, lo que prueba que tiene buen gusto, porque en Venecia, más que en otra parte, es difícil tener buenos lienzos.

Su belleza perfecta era digna del pincel de Giorgione. Nosotros la conocimos en uno de nuestros viajes á Italia. Sin embargo, si hemos de dar crédito á los venecianos, había perdido mucho de su antigua hermosura y de su alegría casi infantil.

Un día paseábamos en su góndola bajo los balcones de su grandioso palacio; ella estaba allí gozando del hermoso sol de Italia, y nosotros pasábamos para admirar su noble y bella arquitectura.

Algunas palomas, que sin duda la conocían, vinieron cariñosamente á posarse en sus hombros. Púsose la Marquesa á acariciarlas con amor tan expansivo, que, admirados, no pudimos menos de decirle:

—¿Es una pasión?

—Sí, nos contestó, estas palomas son el alma visible de Venecia. ¿Veis esta ave?—añadió cogiendo una de las más hermosas—pues bien, ésta es una de las que han enarbolado los colores italianos.

—¡Ah! Sí, le dijimos, no ignoramos que estabais en la plaza de Venecia el día de la matanza de estas aves inocentes, y que habeis manchado de sangre vuestras bellas manos para cuidar á las heridas.

—Ya que os han dicho eso, respondió ella, voy á revelaros un secreto, si me prometéis no decirlo á nadie.

—Os prometo hacerlo así, como si estuviéramos aún en los tiempos del Consejo de los Diez, en la época en que hablaban los muros.

Entró, pues, en la galería y nos suplicó que la siguiéramos.

—Había rehusado, nos dijo, de enseñaros mi retrato, porque no dejó entrar á nadie en esta galería en que mi marido tenía su biblioteca.

Entró la puerta y entramos.

Así que hubimos pasado el dintel, nos sorprendió el oír el aleteo de una paloma.

—No tengáis cuidado, nos dijo. Os toma por un austriaco. Voy á tranquilizarla.

Era uno de los famosos revolucionarios de la plaza de San Márcos. Tenía aún en el cuello la escarapela sediciosa. Llamóla la Marquesa, la tomó en la mano y la besó cariñosamente, mientras el ave le picoteaba como si deseara manifestarle su agradecimiento de este modo.

—¿Pero es esta ave el gorrión de Lesbía?

—Sí, y si no ha muerto á estas horas, es porque lo he salvado. ¡Povero picolino! Estaba herida y apenas podía mover las alas. La oculté bajo mi chal y la he traído aquí con un verdadero sentimiento. Mirad cómo cuidó á los

enfermos: aquí la teneis más viva que antes. Pero no me atrevo á darle libertad, porque la matarían.

—¿No podéis guardar la cinta y dejar libre á la paloma? porque de seguro le gustará más su libertad en las lagunas que su prisión dorada.

—Es verdad, pero no puedo decidirme á desatar esta cinta. Mi paloma cerniéndose sin cinta en la plaza de San Márcos, ¿no se asemejaría á Manin sin su bandera, regresando á Venecia esclavo?

Algunos días después esparcióse el rumor de que la marquesa Felicia ocultaba un revolucionario en su palacio.

La policía subalterna, en ausencia del Gobernador, hizo cercar el palacio por tierra y agua, á fin de que el conspirador no pudiera evadirse.

Habíanse olvidado de las ventanas.

Cuando la Marquesa vió que la cosa era seria, hizo como que estaba inquieta y que tenía miedo. Se presentó ante la policía, y suplicó no procedieran á aquella visita domiciliaria, que es la vergüenza de las revoluciones. Pero cuanto más aparecía temblorosa y preocupada, tanto más contaban con su presa.

Entraron, pues, en el palacio, y registraron todas las habitaciones. La Marquesa se había refugiado en su galería ante la ventana abierta. En sus manos tenía el prisionero querido; ¿qué decimos? el huésped adorado, que ella cubría de lágrimas y besos.

Cuando pasaron los esbirros el dintel de la puerta, se volvió orgullosamente hacia ellos, y mostrándoles la paloma, les dijo:

—Aquí teneis al revolucionario, al conspirador, al veneciano.

Los polizontes se aproximaron á la Marquesa, furiosos por no encontrar más que una paloma; pero decididos á hacer caer sobre el ave el peso de su venganza.

Éstos no habían contado con la huésped.

En efecto, cuando quisieron cogerla, la Marquesa alzó las manos y la soltó.

—¡Adios, caro mío!

La paloma, que quizás no hubiera abandonado el palacio, al verle en estado de sitio se lanzó al espacio á todo vuelo.

—¡Fuego! exclamó una voz llena de cólera.

¿Cuántos serían los tiros que resonaron? Sólo Dios lo sabe; tiraron de arriba, de abajo, de todas partes.

La Marquesa cerró los ojos y se echó en cara el haber desafiado tantas cóleras á riesgo de hacer matar á su querida paloma.

Felizmente fué á posarse, como para darle el último adios, sobre la cúpula esplendente de *Santa María della Salute*. Un instante después volvió á emprender su vuelo hacia el Adriático.

La Marquesa, conmovida, se puso á aplaudir con el mayor entusiasmo, é hizo un gracioso saludo á los esbirros.

Cuando esta historia llegó á Viena, el Emperador dió orden de respetar las palomas de San Márcos, fueran sus opiniones políticas las que quisieran.

LUIGI VOLPE.

EL JABALÍ.

Este sér uraño, el más arisco y peligroso de nuestros bosques, soporta todos los climas; así es que se le encuentra en casi todas las zonas de nuestro planeta. En el siglo XVI fué transportado á las regiones de América, y más tarde á las islas de la Polinesia, y en ambas partes se ha multiplicado de un modo asombroso.

Los antiguos venadores le nombraban con el oso, venado negro, para distinguirlo del venado cervino, al que llamaban venado rojo, en concepto de su pelo.

El jabalí es muy semejante al cerdo doméstico en todas sus partes, sólo que el primero tiene los caracteres más pronunciados. La cabeza de aquél es más larga que la del cerdo; las orejas son derechas, mientras el segundo las tiene caídas y más largas; los colmillos del jabalí son más largos que los del doméstico; su cuerpo está cubierto de un pelo fuerte y espeso que se llama *cerda*, y los situados sobre el lomo son mucho más largos y fuertes que en el resto del cuerpo, y se denominan *sedas*.

El cuerpo del jabalí es más corto que el del cerdo doméstico, y los piés, aunque no más largos, son más fuertes. Si el jabalí barrunta algo sospechoso, críspa la cerda y ensortija el rabo.

Su peso varía, según la localidad en que se cria y la abundancia de pasto; pero se puede fijar entre 70 y 220 kilogramos; pero los más frecuentes son de 80 á 120 kilogramos.

A pesar de que su figura dista mucho de ser esbelta, la rapidez de su carrera es grande, pero hay poca flexibilidad en sus movimientos.

Su oído y olfato son muy finos, pero su vista no corresponde á los dos primeros sentidos.

La jabalina expresa su dolor; el jabalí, á pesar de recibir heridas mortales, no lo expresa jamás.

El jabalí, tanto el macho como la hembra, es indudablemente el animal más valeroso de nuestros montes, pero no se le puede atribuir la propiedad de ser agresivo. Él no ataca al hombre sino estando herido ó perseguido de los perros; pero á este último, su mortal enemigo, no pierde ocasión de atacarle.

Siempre es peligroso ponerse delante del jabalí que viene herido. Cuando acomete al cazador, sale con una velocidad increíble, y con sus *navajas* produce heridas mortales; tal es el golpe que da, si no hay medio de evitarle. Pero si el cazador conserva su sangre fría, le basta ocultarse detras de un árbol, ó simplemente separarse del punto donde estaba. En el momento de meter la *jeta* el jabalí, porque impelido por su velocidad y careciendo de flexibilidad en sus miembros, no puede seguir de repente al cazador, el jabalí, así burlado, jamás vuelve atrás. Pero si no nos diese tiempo, áun nos queda como último remedio tendernos en el suelo de repente; pues el jabalí puede herir, si da el golpe de costado ó hácia arriba, pero nunca hácia abajo. Este último recurso es muy malo, en el caso de ser atacados por la jabalina, porque si no da cuchilladas, en cambio muere, que es mucho peor.

Ya hemos dicho que el jabalí viejo ó *guarro* no se queja; sólo los jóvenes ó *cochastros* y las hembras lo verifican, y á esto se llama gruñir. El gruñir de los jabatos lechares se llama *guañir*.

El jabalí alcanza una edad de veinte á treinta años.

La época del celo del jabalí es hácia fin de Noviembre en las provincias del Norte, y en las del Centro y Mediodía, en la primera quincena del mismo mes. Su duración es de cuatro á cinco semanas. Durante la *verría* ó *verriondez* despiden un tufo muy fuerte, que se percibe á una distancia respetable.

Existen algunas cochinas que se encelan en otras épocas del año y paren fuera de la ordinaria, y se atribuye esta propiedad á las cochinas domésticas de raza, que se han amontado y hacen vida comun y se dejan cubrir de los jabalíes.

Las *cochastros* se ponen *verriondas* á los diez y ocho meses la primera vez, y por esta misma época se ponen en el mismo estado los *cochastros*, y cubren las hembras, si los jabalíes viejos no lo impiden.

Al principio de la *verría* todos los jabalíes jóvenes hacen lugar á los *guarros*, á pesar de que los primeros permanecen todo el año en la piara; y cuando los últimos faltan, los jóvenes, pero siempre los más fuertes, son los que pueden disfrutar las delicias del amor.

Entre los jabalíes que permanecen con las jabalinas tienen lugar las luchas que son consiguientes, luchas tenaces, pero que raramente tienen por consecuencia la muerte, porque los golpes que se infieren en la *cota* no pueden atravesarla á causa de su impenetrabilidad.

El más débil hace lugar al más fuerte; pero si se encuentran dos de iguales fuerzas y en la lucha no hay decisión por una ú otra parte, es decir, que el resultado de la lucha queda indeciso, entónces se soportan, pero no siempre en pacífica posesión de los derechos de ambos.

Sus caricias á las hembras consisten en golpes que les infieren con la *jeta*. Pero como no es capaz de manifestar de otro modo sus sentimientos con las bellas esquivas á quienes dedica su pasión, éstas las aceptan en vista de los buenos deseos que les animan.

Á las diez y ocho á veinte semanas pare la jabalina de cinco á doce jabatillos sobre una *cama* que ántes ha pre-arpado al efecto, cubierta con hojarasca ó musgo, en el

sitio más recóndito de cualquiera espesura. El color del pelo de los pequeños es gris rojizo, surcada la piel por fajas amarillentas interrumpidas en sentido longitudinal; éstas desaparecen en los primeros meses, de modo que al fin del estío no queda el menor rastro de ellas. Algunos cochastros tienen el pelo gris ó blanco, que en sus primeros días fueron amarillentos ó blancos. Durante los primeros quince días permanecen en el lecho en que nacen. En este período la madre apenas abandona á sus hijos. Pero pasadas las dos semanas, salen con ella, que los conduce á un lugar donde hay pasto suave, permaneciendo á su lado hasta que es llegado el próximo celo.

Los jabalíes viven en sociedad, y solo el *guarro viejo*, huraño por demas, que no puede soportar nada en sus intermediaciones.

Sólo en algunos casos (no todos) consiente la compañía de un jabalí joven, de 2 á 3 años, conocido por los cazadores con el dictado de *escudero*, que le precede en todas sus excursiones, sirviéndose de él para resguardo de su individuo; así que cuando sale al pasto, espera á que haya pasado el *escudero* por los parajes donde cree que existe un peligro, para verificarlo él despues. Llegada la *verría*, sale de su soledad en busca de las hembras.

Este es el momento de la disolución de la sociedad, porque arroja á los jabalíes jóvenes de los cubiles en que permanecieron el resto del año.

Las jabalinas permanecen aisladas en la paridera los quince días siguientes; pero tan pronto como los jabatos pueden acompañar á la madre, ésta busca los sitios en que viven en sociedad, que generalmente elige en los parajes del monte más espesos, ó en los puntos secos de los barrancos más excusados; también en las faldas de las sierras se les encuentra, cuando éstas tienen hoyas.

Durante el invierno, en los países frios, con el fin de abrigarse, se reúnen en los sitios donde hay mucha hojarasca, y se introducen debajo de ella. Los *guarros* y las jabalinas viejas toman siempre su querencia para descansar; pero no sucede lo mismo con la piara de los más jóvenes, que con frecuencia abandonan sus *cubiles*, excepto en invierno, en los países en que hiela, por evitar hacer nuevos *barciles*; pues las hozaduras en fresco sobre terreno helado le lastiman la *jeta*, hasta el punto de que las heridas que en ella les produce el hielo suelen algunas veces ser mortales. Generalmente, en los *barciles* de invierno se pasan todo el día.

Hácia la caída de la tarde suelen abandonar sus camas y se dirigen al pasto, bien en el monte hueco, ó bien á los prados, cuando faltan las encinas, robles ó quejigos. En tiempo de montanera bajan á las rañas del monte á comer la bellota de la coscoja, ó de la mata baja de chaparro, durante las primeras horas; más tarde, cuando los llanos están tranquilos, se arriesgan á bajar á los encinares en grupos de 15, 20 y más reses; hemos visto piaras de 45 cochinos, que reunidos en un solo grupo, rebuscaban la bellota que los porqueros habían vareado pocas horas ántes para el cebo de sus ganados. Como el fruto de bellota es muy ardiente, los jabalíes se sienten con necesidad de refrescarse, y buscan las bañas, siempre que tienen ocasión de disfrutar de sus beneficios. El goce que tienen en ello debe ser extraordinario, porque hemos tenido ocasión de observarlos en las bañas, revolcándose en sus lozadales horas enteras, y despues de esto hacer intención de salir para ir al pasto, y arrepentirse de abandonar aquella mansion de delicias, volviendo á ella á enfangarse de nuevo, y quedar aculado en actitud de pensar á cuál de los dos goces daría la preferencia, al baño ó al pasto. Muchas veces los he visto decidirse por el primero; pero como no hay bien ni mal que dure cien años, por fin tenían que abandonar el baño para pagar su tributo al estómago.

Cuando el monte no tiene bastante fruto se extiende el jabalí á visitar los campos colindantes, y hace inmensos daños al cultivador, porque ataca á los cereales en tiempo de la granazón, hoza y saca las raíces alimenticias y es muy difícil espantarlo.

Al romper el alba regresan los jabalíes á sus querencias por las pistas ordinarias, que son distintas, según las estaciones.

Pocas reses existen que tomen más y más diversos pastos que el jabalí, y que, á pesar de su producción, los

daños que causa excedan con mucho á esta última, cuando se cria en monte que no esté cercado y en país de mucha producción agrícola.

Tanto en el monte como en el campo rompe con la *jeta* grandes trozos de terreno en busca de setas, hongos, trufas, criadillas, larvas de insectos, canutos de langosta, crisálidas, lombrices, etc. Cuando ha concluido con todo esto, busca las castañas, las nueces, las patatas y todos los demas frutos que encuentra, y los declara buena presa; y en invierno, cuando todo esto falta, come la carne muerta de otras reses. Pero, según parece, no ataca á los seres vivos.

Desde primeros de Octubre hasta primeros de Enero está el jabalí muy gordo, y, por consiguiente, ésta es la época racional de cazarlo.

Su carne es apreciada con justa razón, pues hay pocos animales silvestres que la den mejor para las mesas de buen gusto que el jabalí. Su cabeza es manjar clásico en los festines de los grandes señores, así como las criadillas; las patas son mejores que las del cerdo doméstico, y los jamones, paletillas y lomos, de sabor más delicado; los embutidos que de él se hacen son más finos y tienen la ventaja de no ser tan grasos.

Por la huella se distingue el *guarro* de la jabalina, en que en el primero los dos *carnicoles* (1) son igualmente largos en las manos, mientras que en la jabalina en cada mano un *carnicol* es más largo que el otro. Esto también sucede en los jabalíes jóvenes; pero á medida que entran en años, les crecen los más cortos, hasta igualarse con el mayor. Así, por ejemplo, el jabalí de tres años tiene aún los *carnicoles* desiguales, pero la diferencia es menor; el de cuatro años los iguala más, y por fin, á los cinco años son completamente iguales. Por esta razón fácilmente se clasificará por la huella á qué clase de res pertenece.

El macho es fácil de distinguirlo de la hembra, en que el primero tiene las *navajas* ó *cuchillas* (2) á la vista, en la verga y en las criadillas, que son visibles áun á distancia respetable.

Esta clase de reses se caza hoy al aguardo, á rececho y en ojeo; un modo especial, que sólo se usa en algunas provincias, es cazarle con garrocha á caballo, como un recuerdo de la Edad Media.

El aguardo es para esta res lo mismo que para las demas, respecto al modo de hacerlo; sólo sí nos ofrece más vasto campo, pues sabiendo que frecuenta las bañas, es bueno y bastante seguro hacer el puesto en la proximidad de ellas. También en tiempo de montanera se hace el puesto cerca ó en los mismos encinares.

El rececho, teniendo en cuenta que el jabalí no ve muy bien, si se tiene cuidado de no hacer ruido y estar á buen viento, tiene ménos dificultades para la caza de ésta que para las otras reses.

Esta caza con el perro es la más agradable y de mejores resultados, porque si éste es bueno, siempre podremos llegar á tiro, sin necesidad de cooperación extraña.

Al cazador que con el perro sujeto á la trailla marche por el monte con buen viento, y buscando las querencias de estas reses, le suelte en una mancha donde presuma que hay jabalíes, si mientras el perro busca se coloca en el sitio hácia donde crea que han de arrancar, ó bien sigue la vereda de ellas, animando al perro, si da de parada, le es fácil, muy fácil hacer tiro.

Si el *guarro* se planta, debe el cazador marchar con precaución, poniéndose bajo viento y buscando el costado de la res; evite á toda costa ponerse de frente, porque al arrancar ésta podría sufrir un percance de fatales consecuencias. Tire lo más pronto posible, con objeto de no dejar expuesto al perro á una cuchillada más que el tiempo indispensable. Si arranca herida seguida del perro, procure cargar su arma lo más pronto que pueda y siga el latido del perro; si la res se ha vuelto á plantar, redoble su prudencia, procurando no hacer el menor ruido, porque aunque sea la res más pequeña, tienen malas bromas estando heridas.

Si son varios los cazadores que toman parte en el rececho, deben cuidar de quedarse en sus puestos así que

(1) Uñas de la pezuña.

(2) Colmillos.



CAZA DEL PÁJARO-MOSCA.

oigan que el perro da de parada; y uno solo, el más conocedor del terreno, entrará en la mancha donde esté la res para rematarla.

Sólo en el caso de verse atacado el cazador y pidiendo auxilio deberá prestársele, pero uno ó dos cazadores más son suficientes, y de éstos los más próximos.

Este modo de cazar exige robustez en el individuo y ligereza en los pies. Los hombres de sierra son todos aptos; pero el cazador de población, que no tiene proporción de ejercitarse con frecuencia, debe contentarse con matar estas reses en ojeos.

La *ronda* es un rechecho en que generalmente no se lleva perro, y se verifica siempre de noche. Esta manera de cazar exige gran conocimiento del terreno, mucho corazon, gran confianza en sus facultades, y pasión ilimitada por el ejercicio de la caza, además de tener una excelente vista.

En los ojeos, tales como aquí se verifican, se llevan muchos perros que hacen mucho bulto, pero que en realidad son muy pocos los que sirven para hacer arrancar á los *guarros* viejos. En los ojeos, al jabalí convengo en que son indispensables los perros; pero es preciso que sobre ser buenos sean pujantes, y sólo los alanos y mastines tienen empuje para levantar un jabalí de su encamo, porque los sabuesos pequeños, los podencos, y toda esa cáfila de gozques que se llevan á las grandes monterías, no son suficientes al objeto, á pesar de sus otras excelentes cualidades.

Nosotros aconsejariamos que con un buen perro buscador se formase una jauría de doce ó catorce perros á lo más, de alanos y mastines de mucha robustez. Sabemos que se nos dirá que en muchos de nuestros montes hay parajes donde el acceso de los perros corpulentos es difícil; no obstante, insistiremos en la misma opinión, porque hemos sido y somos partidarios de que en los ojeos vayan muchos ojeadores; lo contrario de lo que aquí se practica.

Hemos visto repetidas veces en las sierras de la Mancha y en Sierra-Morena que cuando una de esas jaurías que usan en el país da con un *guarro serrano* (1), muchos perros dejan sus tripas colgadas de las *navajas* del mismo, cuando uno ó á lo más dos alanos ó mastines hubieran sido suficientes para sujetarle.

Para hacer buenos ojeos son necesarios muchos y buenos ojeadores, pocos pero excelentes perros, y buena dirección.

I. LOPEZ DE LA TORRE AYLLON.

EL WAPITI.

Várias veces, y á propósito del colin americano y aves de otro género, nos hemos ocupado ya en LA ILUSTRACION VENATORIA de la necesidad y conveniencia de aclimatar en Europa animales exóticos, para sustituir los que van escaseando en nuestro viejo continente, á causa sin duda del cruel encarnizamiento con que se les persigue y aniquila en todo tiempo, sin respetar ni áun el que se halla vedado por la ley.

Así lo comprendió el gran cazador y difunto rey de Italia Víctor Manuel, haciendo criar en su parque cerrado de Regalia Mandria varios animales raros, como el ciervo de Aristóteles, el antilope nilghaut, y sobre todo el venado *wapiti*, que es la res más preciosa y estimada de todas cuantas han pasado ya de la domesticidad relativa de los prados de un parque á la libertad é ilimitada independencia de los bosques.

El *wapiti* (*cervus wapiti* ó *canadensis*) se designa por los americanos con el nombre de *elk*, que es el verdadero del alce de Europa. Su tamaño es una cuarta parte mayor que nuestros más grandes venados; tiene la cola muy corta, ó, por mejor decir, reducida á una especie de muñón; la piel leonada, las nalgas de un color amarillo claro, y los cuernos bastante altos, ramificados y muy rectos. El macho es el único que tiene dientes caninos, y además una revuelta melena de pelos negros y cerdosos que le rodea el cuello por completo.

Habita en el norte de América, y se asegura que, en

estado libre, se contenta con una sola hembra, á la que no abandona jamás.

El Conde Verasis de Castiglione, oficial de órdenes del Monarca italiano, y director general de los jardines Reales y de las colecciones zoológicas, que fué enviado á América hace algunos años para estudiar los *wapitis* y traerse de allá una manada, afirma que en aquel país prestan grandes servicios como animales de tiro, utilizándolos para arrastrar los carros ligeros en que se trasportan las frutas y legumbres desde el interior á las orillas del Océano Pacífico.

Entre los *wapitis* llevados á Italia por el referido Conde había dos, en efecto, á propósito para tiro, y otro que se podía montar, cuyo trote era de celeridad increíble. En un día había recorrido la enorme distancia que separa á Olimpia City de Portland, en la ribera del Oregon. Bien es verdad que perdió el animal las pezuñas, tardando mucho tiempo en que le nacieran otras nuevas. Sea de ello lo que quiera, el resultado fué que en Europa se mostraron los *wapitis* siempre ariscos y feroces, rebeldes á la domesticidad, y peligrosos en alto grado para las personas que se les aproximaban. Así es que no se trató de reducirlos á la obediencia, ni encerrarlos en ningún establo, sino que se les convirtió pura y simplemente en una res adecuada á las grandes monterías.

En el año de 1863 llegaron, procedentes de Ambéres, á la Regalia Mandria los dos primeros *wapitis*, y poco tiempo después mandó Víctor Manuel que se le comprasen cuatro en Londres. Púsoseles en un terreno cercado, prodigándoles todo género de cuidados, y á las dos semanas ya estaban muertos. Disecados los cadáveres, se vió que tenían los ojos horriblemente inyectados, extendiéndose la inflamación desde la boca hasta la garganta. Las vísceras presentaban manchas, como si se hubiese producido un derrame interior de sangre. El primer ensayo de aclimatación salió fallido.

Al año siguiente envió desde América el Conde de Castiglione sesenta reses, de las que sólo cuarenta y siete llegaron con vida. El mal éxito obtenido en 1863 hizo surgir la idea de tenerlas en sitios muy elevados, creyendo que el aire seco y las nuevas hierbas serían condiciones favorables á su conservación y su desarrollo, dándoles de comer por precaución harina y salvado mezclado con agua. Al principio iban bien, pero de repente murieron todas de la misma enfermedad que las seis primeras.

Era asunto de desesperarse, si bien los italianos tuvieron el buen acuerdo de no hacerlo, dedicándose á observar y estudiar á fondo los síntomas y accidentes de aquella misteriosa dolencia. El estudio, pues, dió la clave del enigma, porque en el estómago de uno de los *wapitis* muertos se encontraron hojas no digeridas de un euforbio de los más mortíferos que se conocen en botánica, la *euphorbia lathyris*. Los infelices animales, que desconocían las plantas europeas, se habían envenenado ellos mismos. Hombres inteligentes arrancaron las plantas dañosas, haciendo rozas frecuentes para impedir que los brotes retoñaran.

En el año 1865, y gracias á estas precauciones y á los nuevos envíos de América, la manada se componía de treinta y nueve cabezas. Quince hembras y un macho fueron encerrados en un coto, y en otro tres de estos últimos con diez hembras, reproduciéndose y aclimatándose luego en completa libertad.

Los machos libres, al llegar el otoño, se aparearon á las mil maravillas con las ciervas europeas, contribuyendo así al perfeccionamiento y fomento de la raza. Las hembras del *wapiti* no se dejaron nunca en libertad absoluta, porque hubiera sido muy peligroso para las gentes el encontrar á un *wapiti* en la época de la brama conduciendo su manada de hembras.

En efecto, el venado de la especie que nos ocupa se hace feroz al llegar los últimos días del mes de Setiembre. No huye al acercarse el hombre, lo mira encolerizado, rechina los dientes, ruge como una fiera del desierto, y echando espuma por la boca, baja los cuernos y acomete con rabia á su enemigo. En sus furiosas contracciones se le escapa á borbotones la orina, y nada hay, ni ánimo ni fuerza, que se le resista, porque acomete con el ímpetu de un huracán.

Dotado de un vigor extraordinario, derriba al hombre

al suelo de seguida, lo recoge, lo vuelve á derribar, lo atraviesa con los cuernos machacándolo con las patas delanteras, cuyas pezuñas convierte en armas terribles. La sangre fría puede únicamente salvarnos en tan fatal encuentro; tan peligroso es avanzar como retroceder, siendo lo más juicioso dar un largo rodeo, cuidando de no volver jamás la espalda. Si á pesar de esta maniobra, el animal carga enfurecido, no queda otro recurso que subirse á un árbol, ó echarse boca abajo dentro de un foso, porque la rabia del *wapiti* es pasajera, y cesa desde el momento que no ve delante de sus ojos al objeto que la provoca. Todos los animales le temen y huyen de él; así es que se le ve siempre errante y solitario en el período de sus lúbricos y apasionados amores.

El *wapiti* gusta mucho de la compañía del caballo, paciendo con él tranquilamente en la misma pradera, sin incomodarlo ni hacerle el menor daño, al paso que huye de las vacas y del ganado cabrío. Durante el día permanece oculto y encamado, saliendo en busca de su alimento á la puesta del sol. Los frios rigurosos del invierno no le hacen ningún efecto, y cuando la tierra está cubierta de nieve, se le ve registrarla con el hocico en busca de hierbas, lo mismo que hacen los renos para procurarse el líquen.

Cuando se depojan de los cuernos en la muda son tímidos estos animales hasta un punto inexplicable, y huyen del hombre, como puede huir del tigre un grupo de espantadas gacelas. Seis meses le bastan para recobrar toda su cornamenta.

Las hembras se domestican bien, y gustan mucho de que se las acaricie, aunque estando paridas se muestran ariscas, como generalmente sucede á todas las madres en el período de la lactancia.

Como hemos visto, el *wapiti* constituye una res cuya montería ha de tratarse muy en serio, por los peligros que acarrea. Es la de nuestro venado, pero con todo el atractivo que surge del tamaño del animal, de su extraordinaria fuerza y de la curiosidad del hecho. Víctor Manuel se complacía mucho en la caza del *wapiti*, prefiriendo la lucha con el gigante americano á la del modesto venado nacido en los montes de Italia.

J. M. C.

EL PERRO

EN LOS TIEMPOS MODERNOS.

El perro en los tiempos modernos no sólo se ha domesticado, sino que, en cierto modo, se ha identificado con el hombre, hasta el punto de dar un sello particular á nuestra civilización y á nuestras costumbres; todo lo contrario de lo que era en los tiempos antiguos, según hemos visto en el número anterior.

Mucho más dócil que el hombre, ha dicho Buffon, más obediente que ninguno de los otros animales, no sólo el perro se instruye en muy poco tiempo, sino que hasta se acomoda á todas las costumbres de aquellos con quienes vive. Además, toma el tono de la casa en que reside, y como los demás domésticos, es desdenoso en la morada de los grandes y rústico en el campo; siempre cariñoso con su amo y previsor con sus amigos, no presta atención alguna á las personas indiferentes, y se declara contra aquellos que, por instinto, no hacen otra cosa que importunarle; á éstos los conoce en la voz, en el traje, en sus gestos, y hace cuanto está de su parte para que no se le acerquen.

Cuando se le ha confiado de noche la guarda de la casa, se vuelve casi siempre más atrevido, y algunas veces hasta feroz; vela incansable, hace la ronda, huele desde muy lejos á los extraños, y por poco que se detengan ó intenten traspasar los muros, se lanza sobre ellos, y con gritos de cólera, da la señal de alarma, advierte y combate. Tan furioso contra los malhechores como contra los animales carnívoros, se precipita sobre ellos, los hiere, los despedaza, les arrebató lo que intentan llevarse; pero contento con haber vencido, descansa sobre sus despojos, no los toca, ni áun para satisfacer su apetito, y da al mismo tiempo ejemplo de valor, de templanza y de fidelidad.

El perro, independientemente de la belleza de su forma, de su fuerza, de su ligereza, tiene por excelencia todas

(1) Jabalí viejo de pocas libras y muy ligero.

las cualidades que pueden atraerle las miradas del hombre. Su naturaleza ardiente, colérica, hasta feroz y sanguinaria, hacen al perro salvaje temible á todos los animales, y deja al perro doméstico los sentimientos más dulces, el placer de agradar, el deseo de atraerse el cariño de todos los que le rodean.

Viene arrastrándose á poner á los piés de su amo su valor, su fuerza, su instinto; espera sus órdenes para ejecutarlas al momento; le consulta, le interroga, le suplica; una mirada basta para que comprenda sus deseos; sin poseer, como el hombre, la luz del entendimiento, tiene todo el calor de las sensaciones; además, la fidelidad y la constancia en sus afectos; no tiene otra ambición, otro interés, otro celo, otro deseo que el de servir, ni otro temor que el de desagradar; es todo ardor, todo abnegación y todo obediencia; más sensible al recuerdo de los beneficios que al de los ultrajes; no se rebela por los malos tratamientos; los sufre, los olvida, y no recuerda más que su cariño; lejos de irritarse y de huir, se expone por su propia voluntad á nuevas pruebas; lame la mano, instrumento de dolor, que acaba de castigarle; no opone más que una débil queja, y le desarma, por último, el dolor y la sumisión.

Puede decirse que el perro es el que más conoce á su amo y á los amigos de la casa, el sólo que atiende por su nombre y reconoce la voz doméstica; el único que no se confía á sí mismo; el sólo que, cuando ha perdido á su amo y no puede encontrarlo, le llama con sus gemidos; el que en un viaje largo que no haya hecho más que una vez, se acuerda del camino y encuentra la senda; el único, en una palabra, cuyo instinto natural se manifiesta evidentemente.

El perro fiel al hombre conservará siempre una parte del imperio, un grado de superioridad sobre los demás animales; les manda y reina al frente de un rebaño, en el que se hace oír más que la voz misma del pastor; la seguridad, el orden y la disciplina son los frutos de su vigilancia y de su actividad; es un pueblo que se le ha sometido y que él conduce, que protege, y contra el que no emplea nunca la fuerza sino para mantener la paz.

Pero, sobre todo, en la guerra contra los animales sometidos ó independientes es en donde se manifiesta su valor y se despliega toda entera su inteligencia; el talento natural se reúne aquí á las cualidades adquiridas.

Desde que se deja oír el ruido de las armas; desde que el sonido de la trompa de caza ó la voz del cazador ha dado la señal de una batida próxima, presa de un nuevo ardor, el perro manifiesta su alegría por los más vivos trasportes; anuncia por sus movimientos y por sus gritos la impaciencia por combatir y el deseo de vencer; caminando después en silencio, trata de reconocer el sitio, de cubrir y sorprender al enemigo en su guarida; busca sus huellas, le sigue paso á paso, y por acentos diversos indica la distancia, la especie, y hasta la edad del animal que persigue.

Intimidado, cansado, desesperado de hallar su salvación en la huida, este último se sirve también de todas sus facultades; opone la astucia á la sagacidad; nunca los recursos del instinto fueron más admirables; para hacer perder su pista, va, viene, vuelve sobre sus pasos, da saltos, quisiera separarse de la tierra y suprimir las distancias; de un salto salva los caminos, los cercados; pasa á nado los riachuelos, los mismos ríos; pero siempre perseguido, y no pudiendo salvar su cuerpo, trata de poner á otro en su puesto; va él mismo á turbar el reposo de un vecino más joven y menos experimentado, le hace levantar, caminar con él; y cuando han confundido sus pistas, cuando cree haberle sustituido á su mala fortuna, le abandona de un modo más brusco que aquel con que se ha reunido con él, á fin de hacerle el único objeto y la víctima del enemigo-engañado.

Pero el perro, con esa superioridad que da el instinto, el ejercicio y la educación, por esa finura de sentimiento, que nadie tiene más que él, no pierde por eso el objeto de su persecución; comprende el engaño, no se da por vencido, huele con su olfato finísimo todas las revueltas del laberinto en que se le quiere meter, todas las falsas sendas en que se le quiere extraviar, y lejos de abandonar al enemigo por un indiferente, después de haber triunfado de la astucia, se indigna, redobla su ardor, lo al-

canza, y dándole muerte, apaga con la sangre de la víctima su sed y su odio.

En los tiempos modernos, á los perros de guerra han sucedido los perros de combate: la transición es natural.

Las razas por excelencia de los perros de combate son la de los *bulls* y *terriers*, de los *bulls terriers* y de los *bulls dog*.

En Inglaterra los combates de perros han pasado, por decirlo así, al estado de una institución nacional, como la *box* y las carreras de caballos. Antes del combate los campeones deben ser sometidos á un tratamiento preparatorio. Primeramente, durante quince días, se les encierra, y no se les da por alimento más que un poco de pan tostado; en cambio se tiene cuidado de suspender un buen trozo de carne chorreando sangre del techo, pero lejos de su alcance.

El desgraciado animal, atormentado por el hambre, pasa esos quince días dando saltos para coger la carne, lo que da á sus miembros elasticidad y vigor. Para completar este resultado, queda después sometido por unos diez días á ejercicios violentos, por ejemplo: se le ata á la trasera de un carruaje y se le hace caminar de este modo por muchas horas á la carrera; al mismo tiempo se le da de comer la menor cantidad posible de alimento.

La víspera del combate no come; el día mismo se le hacen tragar cuatro huevos crudos y se le frota con alumbre. Entonces está á punto. Por último, los dos perros están en la arena y principia el combate.

Aquí vamos á dejar la palabra á M. Tony Révillon, que ha pintado esta escena con tanto vigor como verdad: «El público, tranquilo en un principio, se anima por grados; todos se apresuran, se empujan para ver mejor, y en confusión se colocan en las primeras filas, hasta que vuelve á renacer la calma. Sin embargo, las miradas brillan; las fisonomías adquieren, en su mayor parte, la expresión de la cólera y de la provocación.

«Los propietarios de los perros dan puñetazos en las paredes, y se ponen roncós, animando á los combatientes. Los partidarios de las apuestas gritan y disputan entre sí. Los perros que están esperando la hora del combate, inmóviles, asustados, olfatean la batalla; poco á poco se animan, ladran y quieren romper las ligaduras que los sujetan; prodúcese un tumulto extraño, indescriptible. En el redondel la sangre ha enrojecido la arena. Los *boulls dog* se separan y se atacan de nuevo. La magia del movimiento pone en relieve ya una pata que se levanta, ya una mandíbula que se abre; las espigas dorsales se retuercen, los lomos se confunden, las cabezas se juntan, los dientes buscan una presa.

«Por último, uno de los perros, vencido, yace jadeante en la arena; sus costados se estremecen, pero sus ojos están muertos.

«Ahora se trata de que el vencedor suelte su presa; el amo de este último se inclina y coge la cola con los dientes; el perro gruñe, pero no retrocede por eso. El amo entonces aprieta más los dientes, hasta que le queda un trozo de ella en la boca; el perro abandona su víctima y se pone á aullar, mientras el público aplaude con las manos, los piés y con mil y mil chillidos. Algunas veces los dos perros caen muertos al mismo tiempo.»

La genealogía de los perros de combate es tan conocida como la de los caballos de carrera; algunos han llegado á ser tan célebres como *Gladiator*.

Hace unos veinte años que los grandes combates de perros se daban en París en los molinos de Montmartre; los perros más célebres eran los de un caballero, al que su extraordinario enflaquecimiento le había hecho dar el sobrenombre de *Esqueleto*; los dos perros se llamaban *Loubet I* y *Loubet II*.

Un día el *Esqueleto* apostó á que *Loubet I* resistiría más que ningún otro de su clase. Lord Seymour apostó contra el *Esqueleto*.

El gran señor inglés se presentó en Montmartre con *King*, el más hermoso *bull* de todo el Reino-Unido. Al engancharlo por el cuello á una de las aspas de un molino:

—*King*, le dijo con la mayor gravedad, guárdate bien de dejarte vencer.

King obedeció.

—Mi querido *Loubet*, dijo á su vez el *Esqueleto*, tú

no sufrirás que la Francia sea vencida por la Inglaterra. Estáte quieto y cumple como bueno.

Loubet fué del mismo modo enganchado en otra aspa.

Habiéndose levantado viento, las aspas empezaron á moverse; los perros, balanceándose en el espacio, daban vueltas con las aspas. Al cabo de cuarenta minutos, *King* cayó muerto; *Loubet* resistió aún una hora, una hora y diez minutos, una hora y cuarto.... Á la hora y cuarenta minutos quedó inmóvil. Cuando se acercaron á él estaba muerto.

Para nosotros no es la fuerza brutal y ciega lo más digno de admirar en el perro; preferimos al *bull dog* feroz, que no respeta nada, ni aún su mismo amo, el perro de aguas mugriento del pobre ciego que implora la caridad pública.

La fidelidad del perro, el cariño hacia su amo á todas horas y á toda clase de pruebas, son, en efecto, las más bellas cualidades de este animal, en el que raras veces se ha observado la ingratitude.

C. V.

EL CAZADOR Y LOS CONEJOS.

Poco ántes que esparciese

Sus cabellos en hebras
El rubicundo Apolo
Por la faz de la tierra,
De cazador armado
Al soto Fabio llega.
Por el nudoso tronco
De cierta encina vieja
Sube para ocultarse
En las ramas espesas.
Los incautos conejos
Alegres se le acercan.
Uno del verde prado
Igualaba la hierba:
Otro, cual jardinero,
Las florecillas riega:
El tomillo y romero
Este y aquel cercenan.
Entre tanto, al más gordo
Fabio su tiro asesta:
Dispara, y al estruendo
Se meten en sus cuevas
Tan repentinamente,
Que á muchos pareciera
Que (salvo el muerto) á todos
Se los tragó la tierra.
Después de tal espanto,
¿Habría alguno que crea
Que de allí á poco rato
La tímida caterva,
Olvidando el peligro,
Al riesgo se presenta?
Cosa extraña parece,
Mas no se admiren de ella.
¿Acaso los humanos
Hacen de otra manera?

FÉLIX MARÍA SAMANIEGO.

TIRO DE PICHON DE MADRID.

TIRADA ORDINARIA DEL DÍA 7 DE NOVIEMBRE DE 1879, Á LAS DOS DE LA TARDE.

La primera piña, cada tirador á su distancia, de tres pichones y cuatro tiradores, la ganó, matando cuatro de cuatro tiros, Mr. R. H. Davies, contra los Sres. Anspach, Conde Redern y Conde de Gomar.

La segunda piña, igual á la anterior y de ocho tiradores, la partieron los señores Mr. R. H. Davies y D. Fernando Heredia, matando ambos ocho de ocho tiros, contra los Sres. Anspach, Conde Redern, Conde de Gomar, Duque de Huéscar, Vizconde de la Torre de Luzon y D. Scipion Morillo.

La tercera piña, cada uno á su distancia, de cinco pichones y ocho tiradores, la ganó, matando nueve de nueve tiros, Mr. R. H. Davies, contra los Sres. Anspach, Conde Redern, Conde de Gomar, Duque de Huéscar, Vizconde de la Torre de Luzon, D. Fernando Heredia y don Scipion Morillo.

La cuarta piña, cada tirador á su distancia, de tres pichones y siete tiradores, la ganó, matando once de doce tiros, D. Eduardo Anspach, contra los Sres. D. Fernando Heredia, Conde Redern, Conde de Gomar, Mr. Davies, Duque de Huéscar y Vizconde de la Torre de Luzon.

La quinta piña, lo mismo que la anterior, la ganó, matando tres de tres tiros, el Duque de Huéscar, contra S. M. el Rey y los Sres. Anspach, Conde Redern, Mr. Davies, Vizconde de la Torre de Luzon y D. Fernando Heredia.

La sexta piña, cada uno á su distancia, de un pichon y siete tiradores, la ganó, matando tres de tres tiros, Mr. R. H. Davies, contra S. M. el Rey y los Sres. Anspach, Conde Redern, Duque de Huéscar y D. Fernando Heredia.

La tirada terminó á las cinco.

TIRADA EXTRAORDINARIA DEL DIA 10 DE NOVIEMBRE DE 1879,
A LAS DOS DE LA TARDE.

La primera piña, cada tirador á su distancia, de tres pichones y tres tiradores, la ganó, matando cinco de siete tiros, D. Fernando Heredia, contra los Sres. D. R. H. Davies y D. Antonio Valdés.

La segunda piña, cada uno á su distancia, de cinco pichones y siete tiradores, la ganó, matando seis de siete tiros, el Sr. Conde de Gomar, contra los Sres. Davies, Heredia, Valdés, Vizconde de la Torre de Luzon, Duque de Huéscar y D. Scipion Morillo.

La tercera piña, cada uno á su distancia, de tres pichones y siete tiradores, la ganó, matando seis de siete tiros, D. Fernando Heredia, contra los Sres. Davies, Valdés, Vizconde de la Torre de Luzon, Duque de Huéscar, Conde de Gomar y D. Eduardo Anspach.

La cuarta piña, lo mismo que la anterior, la ganó, matando tres de tres tiros, D. R. H. Davies, contra los Sres. Heredia, Valdés, Vizconde de la Torre de Luzon, Duque de Huéscar, Conde de Gomar y don Eduardo Anspach.

La quinta piña, igual á las anteriores, de ocho tiradores, la ganó, matando siete de nueve tiros, D. Eduardo Anspach, contra los señores Davies, Heredia, Valdés, Vizconde de la Torre de Luzon, Duque de Huéscar, Conde de Gomar y Duque de Tamames.

La sexta piña, cada tirador á su distancia, de un pichon y siete tiradores, la ganó, matando tres de tres tiros, D. Antonio Valdés, contra los Sres. Davies, Duque de Tamames, Heredia, Vizconde de la Torre de Luzon, D. Eduardo Anspach y Duque de Huéscar.

La tirada terminó á las cuatro y media.

GACETILLA.

CARRERAS DE CABALLOS EN MADRID.—*Día primero, 9 de Noviembre.*—Con un hermoso día y una escogida y numerosa concurrencia ha tenido lugar la primera de las tres Carreras anunciadas. Las tribunas estaban muy animadas, y gran número de lujosos trenes ocupaban el centro del Hipódromo. Hé aquí el resultado:

Primera carrera, extraordinaria.—Reales vellon 4.000 al primero, y 1.000 al segundo.—Premio de la Sociedad.—Distancia, dos vueltas al Hipódromo.

- 1.º César, de D. Fernando de la Cámara.
- 2.º Niño, de D. Francisco García.
- 3.º Flora, de D. Enrique Guilhou.

Segunda carrera.—*Criterium.*—36.000 reales vellon al primero y 4.000 al segundo.—Premios del Ministerio de Fomento.—Distancia, 1.600 metros.

- 1.º Segundo, de D. Juan Pedro Aladro.
- 2.º Volapié, de D. Ricardo Davies.
- 3.º Zobair, del señor Duque de Fernan Nuñez.

Tercera carrera.—*Cosmos.*—Reales vellon 18.000 al primero y 2.000 al segundo.—Premio del Excmo. Ayuntamiento.—Distancia, 3.000 metros.

- 1.º Vitelotte, del señor Marqués de Villamejor.
- 2.º Vésuve, de D. Manuel Héctor.
- 3.º Rifle, de D. Guillermo Garvey.

Cuarta carrera.—*De Venta.*—Reales vellon 3.000, premio de la Sociedad.—Distancia, 1.500 metros.

- 1.º Grace, de D. Carlos Cumington.
- 2.º Zobair, del señor Duque de Fernan Nuñez.
- 3.º Frigga, del señor Marqués de Alcañices.

Quinta carrera.—*Omnium.*—Reales vellon 10.000.—Premio de la Excmo. Diputación provincial de Madrid.—Distancia, 3.000 metros.

- 1.º Eclipse, de D. Juan P. Aladro.
- 2.º Fate, de D. T. Pembis.

El resultado de las Carreras de Caballos verificadas el día 11, y que han sido presenciadas también por una numerosa concurrencia, es el siguiente:

Primera carrera.—*Velocidad.*—Premio, 10.000 reales.—Distancia, 1.000 metros.

- 1.º Eclipse, de D. Juan Pedro Aladro.
- 2.º Ole-Ole, de D. Ricardo Davies.
- 3.º Segundo, de D. Juan Pedro Aladro.

Segunda carrera.—*Nacional.*—Premio, 6.000 reales.—Distancia, 1.700 metros.

- 1.º Cabecilla, de D. Ramon Lorite.
- 2.º Noble, de D. Francisco García.
- 3.º Mora, de D. Doroteo Crespo.

Tercera carrera.—*Pura sangre.*—Premio, reales 18.000 al primero y 2.000 al segundo.—Distancia, 3.000 metros.

- 1.º Vitelotte, del Marqués de Villamejor.
- 2.º Pagnotte, del Duque de Fernan-Nuñez.
- 3.º Rifle, de D. Guillermo Garvey.

Cuarta carrera.—*Peninsular.*—Premio, un objeto de arte regalado por S. A. la Princesa de Asturias.—Distancia, 2.500 metros.

- 1.º Volapié, de D. Ricardo Davies.
- 2.º Baron, de D. Juan Pedro Aladro.
- 3.º Mercy, de D. Tomás Heredia.

Quinta carrera.—*De saltos.*—Premio, 5.000 rs.—Distancia, 2.700 metros, y nueve saltos.

- 1.º Reine Claude, del Marqués de Villamejor.

Zobair tiró al jockey que lo montaba, y *Trovador* se salió de la pista.

Hé aquí el resultado de las carreras del día 12, asimismo ante una numerosa concurrencia:

Primera carrera.—*De saltos.*—Premio, 8.000 reales.—Distancia, 4.000 metros.

- 1.º Rifle, de D. Guillermo Garvey.
- 2.º Petit-Verre, del Duque de Fernan-Nuñez.

Segunda carrera.—*Internacional.*—Premio, 2.000 reales.—Distancia, 2.500 metros.

- 1.º Reine Claude, del Marqués de Villamejor.
- 2.º Rigolade, del Duque de Fernan-Nuñez.
- 3.º Grace, del Marqués de Alcañices.

Tercera carrera.—*Handicap pura sangre.*—Premio de S. M. el Rey.—18.000 al primero y 2.000 al segundo.—Distancia, 2.500 metros.

- 1.º Vitelotte, del Marqués de Villamejor.
- 2.º Reine Claude, del mismo.

Cuarta carrera.—*Nacional.*—Premio, 10.000 reales.—Distancia, 2.000 metros.

- 1.º Fate, del Sr. Pembis.
- 2.º Volapié, de Davies.
- 3.º Trovador, del mismo.

Quinta carrera.—*Compensacion.*—Distancia, 4.000 metros.

- 1.º Etrenne, del Marqués de Alcañices.
- 2.º Double Blanc, del Marqués de Villamejor.
- 3.º Trovador, de M. Davies.
- 4.º Pasteur, de Vigonolles.

Ganóla *Etrenne* que había venido detras toda la carrera.

CAZA DE UN OSO.—Leemos lo siguiente en la *Revista Venatoria*, de Huesca:

«Creemos que nuestros lectores leerán con satisfacción los siguientes detalles que nos comunican de Benasque sobre la afortunada cacería que ha tenido lugar en aquellas montañas el 10 de Octubre próximo pasado.

»Llegado á noticia del vecindario que en lo más espeso del matorral conocido por *El Braquízal* se albergaba un oso enorme, reunió el señor Alcalde á cuantos cazadores había en la localidad para invitarles á organizar una batida en los sitios donde se decía se encontraba la fiera.

»Animados todos los concurrentes del más valeroso entusiasmo, salieron del pueblo sobre veinticuatro personas, entre ojeadores y escopetas.

»Situadas éstas en los puntos convenientes, y dada la señal de avance, apenas se dejaron sentir los ecos de los ojeadores, abandonó la espesura el temible animal, y se presentó amenazador ante la presencia de D. José Español

y Francés, quien, con una serenidad digna de todo elogio, y á la distancia de solos doce pasos, disparó su arma sobre la fiera con tan buena fortuna, que la bala le atravesó la parte superior del pecho, por debajo del brazo.

»Al sentirse mortalmente herido el oso, lanzó un espantoso rugido y se dirigió furioso sobre el cazador que tenía á su presencia; pero éste, sin descomponerse, ni perder su gran serenidad, verificó el segundo disparo, más certero que el primero; pues atravesándole el pulmón, hizo caer á sus mismos piés la fiera, bañada en su propia sangre.

»Una pequeña desviacion en la puntería, que hubiera permitido dos minutos más de vida solamente al oso, tal vez habría ocasionado la desgracia del Sr. Español, cuyo valor es digno del mayor elogio.

»Cuantos compañeros contemplaron desde sus respectivos sitios el temible lance que tenía lugar á su lado, al ver caer la fiera exánime á los piés del denodado matador, se dirigieron precipitadamente, aunque con precaucion, al lugar de la sangrienta escena; y al ver aquel enorme animal tendido en tierra y á su lado al Sr. Español ileso, haciéndose cargo de su víctima, todos le rodearon, prodigándole los mayores plácemes y elogiando su valor sin igual.

»Reunidos ya cazadores y ojeadores, en celebridad del fausto suceso y como distintivo honorífico, tejieron improvisadamente una corona de ramaje y flores silvestres para adornar la frente del afortunado cazador, y montaron en el mejor y más bien enjaezado mulo que llevaba la comitiva, no sin colocar en otro al oso, para dirigirse triunfantes al pueblo, donde entraban á las cinco de la tarde, recibiendo las honras y vítores de todo el vecindario.

»El animal pesó 202 kilogramos y tuvo 145 libras de manteca.

»La magnífica piel del oso fué regalada por los cazadores al Sr. Español, en memoria de su gran hazaña y como el mejor testimonio y recuerdo de tan memorable cuanto afortunado día, que no olvidará jamás el pueblo de Benasque.»

MONTERÍA EN TUY.—En los primeros días de este mes se ha celebrado una hácía el monte de San Julian, estando citadas al efecto, bajo multa, catorce parroquias de aquel partido y algunas del Porriño, con objeto de perseguir y exterminar los lobos que merodean por aquellos parajes.

SINDICATO VALENCIANO.—Los cazadores valencianos han nombrado un nuevo Sindicato compuesto de los señores: presidente, D. Manuel Cubells; vicepresidente, D. José Real, y secretario, D. José Ferrer.

MANUAL DEL FUNDIDOR DE METALES.—*La Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada* acaba de enriquecer su ya respetable coleccion con un libro más, que es el 19, y su título *Manual del Fundidor de metales*, por el reputado ingeniero industrial D. Ernesto de Bergue.

UNA PLAGA DE CODORNICES.—En la noche de un reciente día se vieron invadidas las calles de Pau por una nube de codornices, tomando posesion de plazas y paseos, introduciéndose en las casas donde brillaba alguna luz, siendo cazadas á granel en los cafés, en la Haute Plante en la calle Serriez y en la plaza Royale.

Igual fenómeno se observó en Tarbes. Es probable que la tempestad que se desencadenó sobre las costas de Gascuña rechazara las bandadas de caza que se encontraron á su paso.

ANUNCIOS.

GRAN BAZAR DE ARMAS y efectos de caza, pesca y esgrima, de Indalecio Perez, calle de Tetuan, núm. 23, Madrid.

Primer establecimiento en su clase en España, surtido abundantemente con géneros de novedad de la Exposición de París.

Especialidad en escopetas inglesas, austriacas, francesas y belgas. Catálogo con la nueva Ley de caza, decretada en 10 de Enero de 1879, cuyo precio es de un real en toda España.

Cepo-cañon-central, para matar toda clase de animales dañinos. Indispensable á todos los ganaderos, dueños de montes y Sociedades de caza. Consiste este aparato en un cañon de calibre 16, de 0",30 de largo. LA ILUSTRACION VENATORIA lo titula *Matalobos*, y lo describe en su número 3.º de este año. Su inventor ha sido premiado en la Exposición Universal de París de 1878. Precio: 200 reales. Remitiendo su importe en letra de fácil cobro se manda á provincias franco de porte.

DE LA CAZA Y SU LEGISLACION.—Tratado de la caza, pesca y uso de armas, con las leyes vigentes, por D. Joaquín Badía, Doctor en Derecho Civil y Canónico, Presidente de la Asociación de aficionados á la caza y pesca, de Cataluña, etc.—Un volumen en 8.º—Véndese á 10 reales en las principales librerías.

CAZA DE LA PERDIZ.—Consideraciones sobre la caza de la perdiz con reclamo, por D. Andrés Guerra, fundador y vice-presidente de la Asociación de aficionados á la caza y pesca, de Cataluña, etc.—Un folleto en 8.º—Véndese á 4 reales en las principales librerías.

ARMAS DE CAZA Y DE TIRO.—Libioulle, Guinard y Compañía.—Avenida de la Opera, número 8, en París.—Únicos agentes de W. W. Greener, de Londres y Birmingham, y de Torchand y Wadsworth de Worcester.

Escopetas chokebore de Greener para caza y tiro de palomas. Francos.

1	Escopeta de triple corredera; calibre, 12, 16 y 20, sistema chokebore, 1.ª clase, adamascado muy fino.	1.100
2	La misma escopeta, 1.ª clase, adamascado fino.	1.000
3	Id. id., sin adamascado.	920
4	Id., 2.ª clase, adornos finos.	840
5	Id., 2.ª clase, sin ningún adorno.	820
6	Id., sin adorno, pero el mejor montado de este sistema.	740
7	Escopeta de doble corredera; calibre, 12, 16 y 20, sistema chokebore modificado.	680
8	Id., id., id.	550
9	Escopeta chokebore, modificada, llave inglesa y calibre 12, 16 y 20.	420
10	Id., id., id.	340
11	Id., id., id.	300

Las escopetas marcadas con los números 1, 2, 3, 4, 5 y 6 están arregladas para tirar de 200 á 230 perdigones ingleses, del número 6, en un blanco de 76 centímetros de diámetro, á 36 metros y 50 centímetros de distancia. El número máximo de perdigones para la carga es el de 305.

		Francos.
La escopeta número 7	tira de 180 á 210 perdigones.	
Id. » número 8	» de 160 á 200 »	
Id. » número 9	» de 140 á 190 »	
Id. » número 10	» de 160 á 170 »	
Id. » número 11	» de 150 á 160 »	
Escopeta Hammerlen, sin gatillo, 1.ª clase, sistema choke.		1.200
Id. id. id. 2.ª clase.		750

Revolvers de Torchand y Wadsworth de Worcester (E.-Unidos).

Bull dog de triple raja de nuez; calibre, 320, nikelado.	35
Id. id. id. id. 380 id.	40
Terror id. id. id. 320 id.	35
Id. id. id. id. 380 id.	40
Revolver de accion doble id. 320 id.	55
Id. id. id. id. 380 id.	60

Escopetas de caza de 100 á 200 francos, de todos sistemas y calibres. Revólvers desde 8 hasta 120 francos. Carabinas de precision de los sistemas Martini, Stahl, Wetterli, Sharps, y municiones, enseres y accesorios de caza y de tiro.

Madrid, 1879.—Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastiade Aribau y C.ª (sucesores de Rivadeneyra), IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M. Calle del Duque de Osuna, n.º 3.